
Gabriel Zaid

LA INTEGRIDAD CREADORA

Los azares del exilio y de su vocación, fielmente seguida, a través de las más extrañas andanzas, han hecho de Rafael Dieste una figura singular de la literatura hispánica. "Toda *hybris* se paga", dijo Alfonso Reyes, refiriéndose a Goethe, y aludiendo a la desmesura (*hybris* terrible de los griegos) y al hibridismo (terror de los especialistas modernos). Reyes, como Goethe, había pagado. Un hombre puente, como Goethe, como Valéry, como Reyes, como Dieste, vive en la unidad de su persona las desgarraduras de la cultura universal. Las asume como personales y trata de superarlas en las fronteras hostiles de las disciplinas, en las inhóspitas tierras de nadie, en carne propia.

La trayectoria de Rafael Dieste puede parecer híbrida y hasta desmesurada desde la perspectiva de "hacer carrera". Pero eso dice más de las perspectivas gremiales que de una trayectoria creadora que, por el contrario, parece movida por la unidad, por una lógica viva y rigurosa que se despliega en muchos campos y así los integra. Esta integración resulta de la integridad: no de abarcar lo inabarcable con *hybris* híbrida y soberbia que acumula dominios contradictorios, sino de asumir las contradicciones, padecerlas en todo su rigor, evitando las componendas y conciliaciones fáciles, y encontrar la salida creadora: eso que le hace justicia a la contradicción, al mismo tiempo que la resuelve.

Dieste tenía una capacidad heroica de vivir a la intemperie de las soluciones cómodas. Una capacidad no puritana. Su pureza era rigor, fidelidad a los problemas, integridad: en un sentido casi "operativo", más que moralizante. Todas las par-

tes de su vida tenían que estar integradas, conectadas, comunicadas entre sí. Operaba con todo su ser. Eso lo metía en problemas inesperados, en problemas que para otros no serían problemas, pero que él no podía ignorar. Eso, finalmente, resolvía los problemas. Su integridad frente a la tensión se volvía creadora: integraba las partes de sí mismo y las partes del rompecabezas objetivo. Resultaba una catarsis personal y una catálisis objetiva que hacía más noble el mundo: más habitable y misterioso, más entero. En Dieste, la realidad parece liberada de reduccionismos teóricos y prácticos: el mundo entero y la conciencia entera se corresponden. Y en esta correspondencia florecen los poemas y los teoremas, el amor y el compromiso político, el teatro, la pintura, el mar, la música, los cafés, los viajes, las nubes, la tierra, la amistad.

Alguna vez se hará un recuento de las muchas tensiones que Dieste asumió y transformó en oportunidades creadoras: entre Galicia y España; entre España y América; entre el gallego y el español; entre lo popular y lo culto; entre la tradición y la vanguardia; entre el teatro, la pintura, la música, las letras; entre el arte y la ciencia; entre la obra y la política; etc. Lo más notable de todo será ver cómo de este cúmulo de tensiones resulta una depuración que es al mismo tiempo un enriquecimiento: todo lo contrario de un hibridismo, un diletantismo, una desmesura, una simple acumulación. La obra de Dieste es un cristal de muchas facetas, pero de una sola pieza. Refleja el mundo entero en su tensión, así como la integridad creadora de la cual proviene.

Para cuando se estudie como se merece la obra de Dieste, quiero dejar un testimonio sobre la faceta que más trabajo costará apreciar: sus investigaciones geométricas. Dieste fue profesor de literatura en el Instituto Tecnológico de Monterrey y se entendió muy bien con un grupo de estudiantes de ingeniería que formamos un club de lecturas para leer y discutir a los clásicos de la ciencia. Le pedimos que hablara de los *Elementos* de Euclides y

Rafael Dieste (1899-1981) destacó primero en Galicia, como dramaturgo, cuentista y crítico en gallego; después en Madrid, durante la República: fue creador del teatro de guiñol de las Misiones Pedagógicas, coludador de la revista *Hora de España*, director del Teatro Español de Madrid, participante de la Alianza de Escritores Antifascistas. Emigró a Buenos Aires, con intervalos en Cambridge y en Monterrey. Volvió a España, donde la reedición de *Historias e invenciones de Félix Muriel* (cuentos, Alianza Tres, 1974) le ganó un merecido reconocimiento. Después se han editado o reeditado *El alma y el espejo* (ensayos, Alianza Tres); *Viaje, Duelo y Perdición* (teatro, Libros Hiperión); *Teatro* (2 vols., Laia B); *Testamento geométrico* (Ediciones del Castro, Coruña); además de otros libros en gallego.

su charla fue una revelación. Nunca vimos tan claro que las matemáticas se pueden leer, no sólo operar, que es lo que suele aprenderse en ingeniería. Dieste no sólo sabía cien veces más geometría que nosotros, sino que, en forma verdaderamente socrática, nos hizo caer en la cuenta de una problemática inquietante, en el “superado” Euclides. Además, lo hacía con una naturalidad tan viva que, más que inclinarnos a considerarlo un “genio”, un ser excepcional, nos hacía sentir que lo normal era usar toda la cabeza, no unos cuantos lóbulos.

Por entonces todavía no encontraba la solución que publicó unos años después en el *Nuevo tratado del paralelismo* (Buenos Aires, 1956). Habría que escribir un artículo muy largo para explicar en qué consiste el problema y la solución, y por qué es importante filosóficamente, y qué está haciendo en la obra de Dieste, que no pretendía hacer obra matemática y acabó haciéndola. También habría que explicar cómo en la matemática actual es casi imposible hacer obra reconocida sin hacer carrera: sacar un doctorado, incorporarse a un equipo académico, asistir a convenciones, publicar primero pequeños artículos, luego artículos importantes, etc. Pero ciertos azares, de sobra conocidos en la historia de las matemáticas, produjeron un reconocimiento del “azar objetivo”.

Un teorema fundamental del *Nuevo tratado del pa-*

ralelismo dice que en la hipótesis lobacheskiana, “un par de paralelas es siempre superponible con cualquier otro par de paralelas”. El mismo teorema, demostrado por un procedimiento diferente, apareció cinco años después en *Geometría no euclidianas* de Luis Santaló. Por carta, el profesor Santaló me remitió a *Elementare Einführung in die Lobatschewskische Geometrie*, de A. P. Norden, publicado en Berlín Oriental en 1958, aunque originalmente en Moscú, en 1953, donde el profesor ruso llegaba al mismo teorema, aunque también por otro procedimiento. En 1961, el profesor canadiense H. S. M. Coxeter, incluyó en *Introduction to Geometry*, por un cuarto procedimiento, un teorema equivalente atribuido a D. W. Crowe. Por carta, el profesor Coxeter me aclaró que Crowe no había publicado antes el teorema.

Hay, pues, todos los elementos para constatar como mínimo lo siguiente: entre 1953 y 1961 surgió a la historia de la geometría un nuevo teorema, a través (por lo menos) de cuatro personas y procedimientos diferentes. Y una de estas personas fue Rafael Dieste.

Sin el menor propósito de hacer carrera, llevado por unos problemas que llevan a otros y que su integridad no podía soslayar, Dieste se había puesto a crear en las fronteras de la ciencia, a la par que los especialistas.



Dieste por Manuel Colmeiro